

[Tijeretazos.Caos]

## EL ANTHONY WONG Y LA CATEGORÍA III: NATURALISMO DEFORME

Javier Diment

*Los invitamos a chapotear un poco en la sangre de tres películas hongkonesas protagonizadas por Anthony Wong, para seguir sin entender cómo un mono tan gordo como ese puede animarse a semejantes enfermedades y salir maravillosamente parado.*

Estamos metiéndonos en zona de riesgo; el cine de Hong Kong, en su vertiente más extraña y turbulenta: el Categoría 3 (o CAT III, o Hong Kong III, como se ve en Imdb). Categoría 3 viene a ser nuestro Prohibida para menores de 18. Una especie de bolsa en la que conviven las películas de contenido erótico (a veces no demasiado alto, a veces tremendo), con películas muy violentas, es decir: sangre, amputaciones, violaciones, tetas, culos, etcétera. Pero muy muy violentas, porque como apunta el amigo Jacquemort, de la página Tijeretazos.net: “...es que buena parte del cine comercial hongkonés habitual de acción, aquí sería para mayores de 18 años. En el wuxia pian, cine de artes marciales de época y con espadas, se decapita a la gente sin sonrojarse, o se la desmembra; en la cine de acción es habitual encontrarse con niños asesinados fríamente y la violencia más cruda, etc. Digamos que se mueven en otros baremos.”

Una categoría con un buen mercado, en la que suelen ubicarse películas de no demasiado presupuesto y de neta inspiración comercial.

Pero, como en el clase B norteamericano de las buenas épocas, en el CAT III se mueven unos cuantos directores que, si respetan la premisa de mostrar sexo y violencia para apaciguar a las fieras, y no gastan demasiado billete en el acabado del producto, cuentan con una libertad creativa inmensa, que les permite experimentar, forzar las situaciones, e ir más y más allá de aquello que suele ser considerado mostrable. Algo de esto se vio en Japón en los 60 y 70, cuando el erotismo empezó a arrasar y el sexploitation se convertía en género (1). Pero las experimentaciones Japonesas de esas épocas estaban más pegadas a lo formal, y sobre todo a la nouvelle vague y a cierta estética pop. Mientras que en el CAT III hongkonés, sobre todo de los 80-90, lo que más golpea es el profundizar exasperadamente en la degradación del ser humano como bicho social. Allí, entonces, el crimen, el sexo, la gratuidad de la violencia, en lugar de funcionar como válvula de escape sencilla y fugaz, se convierten en un bombardeo que te deja todo el cerebro poluido. Y pintan estas películas antisociales, guerrilleras, perversas. Películas, en fin, maravillosas.

### ANTHONY WONG

El intérprete que más a fondo ha llegado en esta especie de subgénero es Anthony Wong, “el rey del Cat III”. Tanto que decir “una categoría 3 con Anthony Wong” ya es casi un

subgénero en sí mismo. Igualmente ojo, que no solo de categoría 3 vive este hombre, y además del reinado en ese territorio, la gente que sabe suele referirse a él como el actor más versátil del cine hongkonés. Y nosotros, aunque a nadie le importe, estamos de acuerdo.

Su nombre verdadero es Wong Chow Sang, y nació el 2 de Septiembre de 1961 en Hong Kong, de madre china y padre marinero inglés. Esta combinación de sangres le da un rostro particular, y si bien no hay dudas de su orientalismo, podríamos confundirlo con un primo cercano de nuestro gran Luis Ziembrowsky.

Parece que el inglés se tomó el palo apenas nació Anthony, así que no tuvo una infancia muy regalada. A los 15 dejó la escuela y se puso a laburar. A los 21 hizo un curso de actuación, y dos años después empezó a hacer papeles en la TV. Tiempo después incorporó el cine a sus ocupaciones. Pero pasaron unos añitos hasta que le prestaran la atención que merecía.

Mientras tanto, le dio duro y en paralelo a la TV, el cine, el teatro y la música. Sí, como todas (¿casi?) las grandes estrellas hongkonesas, Anthony Wong también es cantante y le va muy bien con eso. Aunque, condecorando con los personajes que ha interpretado, lo suyo no es el pop, sino el rocanroll más punkie. Es más, dicen que, por sus letras, sus temas también son considerados Categoría 3.

El año 92 fue muy intenso para este buen hombre: se estrenaron seis películas suyas, entre las cuales dos lo llevarían, por caminos distintos, a la fama. Por un lado, su primer gran categoría 3: *The untold story*, por el cual ganó el Hong Kong Film Award al mejor actor (ya había estado nominado 3 veces para actor de reparto). Y por otro, tuvo su primer superéxito comercial, haciendo el malo de *Hard Boiled*, aquella gloria de John Woo con Chow Yun Fat (la de la escena en el hospital, para los que la vieron y no saben bien cual es).

De ahí en más fue saltando del heroic bloodshed (policiales sacados llenos de balas y sangre) a la comedia romántica, de ahí al wuxia pian, al policial hiperfacturado de actuación medida y pro, incursionó en el guión y la dirección, y entre tanto, y gracias a todos los dioses, siguió con esas Cat III que nos dejan rebotando contra las paredes. Películas en que encarna personajes de una sacadez y un nivel de rencor social arbitrario (pero nunca tanto) como pocas veces se vio. Personajes que se enfrentan al mundo y desnudan la podredumbre social con una fruición irresponsable, y que, para nuestro solaz, no necesitan explicarnos sus motivos, para qué, si ya sabemos que todo esto a lo que llaman mundo es una mierda.

Pero basta de generalidades y a reseñar, que tenemos que recomendar tres películas del carajo y se nos acaba el espacio. Una aclaración: son pocos los videoclubes que pueden llegar a tener estas películas. Y como la piratería está condenada por el propio Papa, no se pueden bajar subtítuladas al castellano de Internet con el emule ni el bittorrent, ni se pueden encargar en Parque Centenario ni Parque Rivadavia, entonces hay que comprarlas pidiéndolas a EUA o Hong Kong, en dólares y subtítuladas al inglés. Se puede hacer por Internet, eso sí.

## LA HISTORIA JAMÁS CONTADA (Bunman: The Untold Story, Danny Lee, Herman Yau, 1992)

Minisinopsis: Un mozo-carnicero (A.Wong) tiene tendencia a enojarse, y en esos casos es capaz de asesinar salvajemente; cuando esto sucede, para no dejar pruebas, ejerce su oficio carniceril y convierte sus víctimas en empanaditas, que venderá al día siguiente a los clientes de su boliche como si fueran de cerdo. Pero unos policías empiezan a sospechar que este buen hombre anda en algo raro.

La composición de Wong es poderosa: los anteojos que deforman su mirada, la posición de los hombros, su expresión bovina, casi entrando al territorio de lo subhumano, la curva de su columna vertebral... Y esos destellos de vida, anticipando el desastre. Porque en la mirada de este hombre, tan apagada, cuando se acerca el terremoto algo se enciende, algo del orden de lo Divino: el anticipo de la degustación de la revancha, de la venganza, de la descarga de todo aquello que viene cargando por tener que soportar vivir en sociedad. Una descarga que es pura crueldad desmedida, increíblemente desmedida, arbitraria incluso. Pero que se despega con natural violencia de la sombra del excluido. Nadie, y mucho menos el propio personaje, le hecha la culpa de su fracaso a la sociedad. Pero sus explosiones, claramente, la están apuntando. Y sí, todo esto se ve en la mirada de este animal cuando empieza a sospechar que la incerteza que lo aqueja al respecto de qué hacer con tal o cual persona tiene en realidad una salida liberadora, que la ansiedad tiene una manera de despejarse: asesinar. Y nada limpiamente. Con la roña de la desesperación más asquerosa. Y, claro, con un placer creciente.

La historia empuja al personaje más y más al borde. El intenta manejar un poco de algo, pero es más lo que se ve superado que lo que pilota. Y es un asco, una inmundicia, el que quiera alguna identificación con ese personaje no tiene de donde agarrarse, porque es una porquería.

Pero tampoco la identificación aparece por el lado de los policías. Estos están al mando del oficial Lee, (Danny Lee, también co-director de esta película, ya famoso para esa época por haber hecho el policía de la sublime *The Killer*, de John Woo), y son unos imbéciles patéticos que actúan en un código de comedia para pre-adolescentes. En el medio, el oficial Lee encarna un código de actuación bisagra, entre el tono de comedia boba de sus hombres y el naturalismo deformado de Wong. Pero cuando parece que se llegó al equilibrio, los polis empiezan a mostrar una hilacha tan espantosa, que el mismo Wong pasa a ser un personaje épico, casi un héroe.

*Bunman: The untold story* es una película para estómagos fuertes (todas estas lo son). Por lo gore, por la sangre, la violencia... es muy morbosa, como cuadra a la batea del Cat III. Con la característica agregada de estar basada en un caso real. Dice Herman Yau, director de la peli: *Hice un gran trabajo de investigación durante la preproducción de la película. Pero la mejor información me la dio un hombre que estuvo encerrado en la misma celda que Bunman. Después de recoger toda la información, nos juntamos a hablar sobre el personaje con Anthony Wong. En la reunión le di una foto del verdadero Bunman. El vio la foto e inmediatamente le imitó la expresión. Y cuando lo vi supe que era el mejor Bunman posible. (...) Y en el estreno, la gente que atacaba la película por cuestiones morales, lo que no podía objetar nunca era la calidad de la brillante actuación de Anthony Wong.*

Y ya que citamos a Yau, aclaramos: si bien el disparador de esta nota es nuestro fanatismo por Anthony Wong, también le estamos rindiendo un gran homenaje a Herman Yau, el otro Gardel del Cat III, director de las tres películas de las que estamos hablando. Pero bueno, esta vez nos concentraremos en el actor. Así que pasamos a:

### TAXI HUNTER (Di shi pan guan. Herman Yau, 1993)

Un vendedor de seguros en ascenso pierde a su mujer embarazada por culpa de un tachero irresponsable. Una serie de pequeños detalles cotidianos van haciendo que el hombre, un tranquilo, pálido y algo patético empleaducho, vaya acercándose al punto de ebullición. Y se acerca, y más cerca, y ya está ahí nomás de cruzar la barrera sin retorno, y va llegando... Y bueno, imagínate: el vengador anónimo, a su lado, es como el vaporcillo de una melancólica lágrima de Andrea Celeste.

Una película que tarda un rato en empezar, pero cuando arranca es tremenda. Y acá salta a la vista la capacidad de transformación de Wong. Cómo con unos toques expresivos va contando los cambios que pide la trama. Del vendedor en ascenso, apocado y muy enamorado, a la víctima melancolizada, entregada, al muerto en vida casi completo, al que de pronto encuentra un motivo para emitir nuevamente una pequeña sonrisa.

Tal vez la marca fundamental de esta historia sea la sordidez. Ciudad sórdida, habitaciones, bares y personajes sórdidos, crímenes sórdidos. Asesinatos de mucho impacto sanguinoliento y poca espectacularidad. Que no buscan belleza sino repulsión. Más que Hollywood encontramos baños de Constitución. Una ciudad monstruosa que produce monstruos. Y cuando hablo de monstruos no me refiero al asesino: lo digo por los tacheros, símbolo del poligrillo ciudadano ventajero y miserable. Me refiero al bicho que con tal de sacar 30 centavos más caga a quien sea, al que abusa de cualquiera en cuanto le logra alguna mínima superioridad de condiciones. Esos interesados especuladores de lo mínimo. Es decir: a nosotros, pequeños bicharracos inmundos. Por eso esta peli es tremenda: porque si bien la identificación inicial es con el asesino, si nos ponemos a escarbar un poquito en nosotros mismos, deberíamos identificarnos con los tacheros. Sí, vos también, comadreja de mierda, sos uno de los objetos que hacen de este mundo una mierda vergonzosa, parece decirnos esta peli. O nos lo dice, si queremos escucharla.

Para que la estructura de la peli se sostenga, aparte de la escalada delictiva de este hombre, se desarrolla una subtrama que incluye a un amigo suyo policía, al compañero de su amigo y a una joven reportera. Subtrama que, como probó Herman Yau en *The Untold Story* con buen resultado, se apoya en un tono de comedia casi sainetera. Podríamos decir que estamos mezclando *Esperando la carroza* con la zona más espesa de *Taxi Driver*. (Hay incluso una escena en particular de homenaje a la gran peli de Scorsese, en que Anthony Wong se prepara para matar y habla solo, como ensayando sus próximos enfrentamientos). Este alternar de códigos, tan habitual en el cine hongkonés, funciona acá de manera algo más fluida que en *The untold story* (sin querer decir con esto que nos guste más), y va a funcionar de manera más orgánica y poderosa aún en:

## EL SÍNDROME DE ÉBOLA (Yibola bing du. Herman Yau, 1996)

Llegamos a la cereza podrida del postre de mierda.

Empieza la peli con Wong dándole marcha a la mujer de su jefe, mientras la hijita de ella espera afuera del departamento. Llega el jefe con un amigo y se pudre todo. Entonces Wong mata al jefe y al amigo, le corta la lengua a la mujer, y está a punto de incendiar viva a la nena, cuando lo interrumpe la llegada de un amigo de él. Luego el se va de Hong Kong, y 10 años después lo encontramos laburando en un restaurante chino en Sudáfrica. Con un jefe que, sabiendo que no puede llamar la atención porque lo busca la cana, lo hiperexplota. Con la mujer del jefe, que viendo que el mono está recaliente con ella, lo provoca, lo maltrata y lo desprecia. Con una ciudad en que no le dan bola ni las putas. Y con ese brillito creciente en los ojos, que habla de aislamiento, exclusión, soledad, amoralidad absoluta, y de odio creciente, deseos de venganza, ganas de dinamitar todo y gozar. Pero: ¿Qué es el goce para este hombre?

Así las cosas hasta que se agarra una enfermedad terrible y muy contagiosa: el Síndrome de Ebola. Y se da cuenta de que él mismo se convirtió en un arma que puede volar el mundo en pedazos. O mejor que eso: dejarlo sin humanos.

Aquí la dupla Yau-Wong tira la casa por la ventana, no se priva de nada. Sexo, violencia, sangre, pus, semen, vómitos, no hay sustancia fisiológica que se nos escamotee. Todo es mucho más extremo. Lo sórdido es ya de una marronez insoportable. La locura de Wong (una vuelta de tuerca al personaje de *The untold story*, así como la historia también parece retomar aquello y excederlo más aún) fuerza cada vez más ese límite del naturalismo, ese verosímil tan difícil de mantener en situaciones de tanta locura. Es que ¿cómo hacés creíble escenas tan sacadas? Además de que hay que ser groso, necesitas acompañar con un concepto de puesta de cámara, de fotografía, con una dirección de arte y con una banda de sonido que no se pisen. Y acá se puede ver todo esto. Un montaje tan sórdido como ese degenerado enfermo mental (y físico). Y no me pregunten qué es un montaje degenerado: no lo se con certeza, y quizás no exista, pero es que los cortes también remiten a la sordidez: un montaje básicamente clásico, pero que por dentro mete unos pegoteos sucios, cortes de cámara en mano a planos casi iguales, aquello que suele no hacerse, y sin el glamour del clip que todo lo embellece. No, como si el montajista también estuviera infectado del virus de Ebola, y tuviera la misma expresión que Wong al ir pegando una toma con otra.

Acá el humor es menos bobo, más malintencionado y certero. Más fino en su gruesez (que remite más a grueso que a grosero). La risa se desprende del exceso, entonces es risa enrarecida (ya verán los que no la vieron la escena del churrasco, la escena de la laguna, después de comprarle cerdo a los indios, la toma anodina de las ruedas de un coche que se acerca y estacione, pero que remata con la firma del sapo...) es risa con expresión enloquecida, o desencajada más bien.

Se cruzan, cómo no, distintos géneros, y así tenemos un crescendo de peli de terror con toques de comedia negra-asquerosa, que luego se convierte en policial negro a la llegada de Wong a Hong Kong. Y recordando otras pelis, como venimos haciendo desde que empezó la nota, podría imaginarla cerca de *Henry retrato de un asesino*, pero es que Henry al lado de este personaje tiene la malignidad de una Floricienta dopada. Y todo esto sin mencionar ese final

enfermísimo y desencajante. Qué se yo. Cortemos abruptamente así no se nos escapa contar nada de más.

### CAT III CON ANTHONY WONG

Películas excedidas, de la impotencia que explota, la impotencia ante el no saber cómo hacer para participar de todo eso que parece que está pero no para nosotros, o sí: para dejarnos afuera, para cagarnos. Y lo impresionante de ver todo esto en la composición de Wong. Y decimos ahí en particular, porque en las películas hay hallazgos y pifies, o por lo menos zonas extrañas, de distracción. Pero en Wong no, todo es concentración, todo funciona todo el tiempo, convirtiéndose su trabajo en la columna vertebral de unas historias llenas de curvas y cambios de eje, cambios de género, de código de actuación, y a veces hasta de trama. Volvemos a citar a Jacquemort: *“Se puede pensar que Anthony Wong tiene una tendencia a la sobreactuación tremenda en estas películas, pero es que en esa locura de alto voltaje sabe encontrar una medida. Creo que es el actor de la justeza, tanto cuando tiene que estar comedido como cuando tiene que jugar en el extremo más extremo”*.

(1) Género que se llamó Pinku Eiga, del cual citamos (y recomendamos) algunos clásicos: Bestia ciega. (Blind Beast, Yasuzo Masumura, 1969), Go go second time virgin (Koji Wakamatsu, 1969) Female Prisoner #701: Scorpion (Shunya Ito, 1972, más las tres que continúan la serie, protagonizada por la diosa Meiko Kaji, conocida en aquellos tiempos como la Clint Eastwood japonesa, por sus habituales papeles de dura tremenda; pero bueno, ya nos ocuparemos como merece de esta saga espectacular); y un etcétera larguísimo.

Tijeretazos  
AL